

con jefes de Estado. Habla siempre con intérprete. Es decir, sonrío, asiente, levanta los brazos, se extraña... se hace la foto. Lo que importa es la foto. El contenido es nulo. Uno de los descubrimientos de sus colaboradores es que el profesor no sabe idiomas, él que ha traducido tanto a Wittgenstein, a Burke, a Hume... Una vez más hay que buscar la mujer... En este caso a la propia, traductora anónima".

LUIS MARÍA SANDOVAL

Federico Suárez Verdeguer: VIDA Y OBRA DE JUAN DONOSO CORTÉS (*)

En junio de este año 1997 apareció el libro largamente esperado sobre la "vida y obras de Juan Donoso Cortés", Marqués de Valdegamas, seguramente el pensador político español más importante en la historia de nuestra patria, y uno de los más eminentes del Occidente europeo. Así lo avalan juicios tales como los de Alois Dempf y Carl Schmitt, admiradores y descubridores del gran pueblo español y de su esclarecido pensamiento.

Federico Suárez ha trabajado muchos años en la magnífica biografía crítica que ahora nos presenta en un denso volumen. Denso por el número de sus páginas, puesto que la composición de éstas permite una cómoda lectura (letra clara, nada pequeña, espaciada en abundantes epígrafes y notas a pie de página que no dificultan ni entorpecen la lectura); y denso por los datos y doctrina que el libro contiene. Pocas erratas, y sin mayor importancia (tal vez las más visibles estén en las fotografías del biografiado, en las que aparece como Marqués de *Baldegamas* y la del autor de su busto como el escultor Federico *Coullant* y no *Coullaut Varela*). El libro, por otra parte, dada su solidez, también material, hubiera precisado cubiertas de tapa dura en vez de cartón. Pero todo esto son defectos fácilmente subsanables en siguientes ediciones.

(*) Pamplona, EUNATE, 1997, 1088 págs.

Lo importante es el contenido de la obra, el trabajo de investigación histórico-crítico que supera a los de Schram, Schmitt, Alegra, Graham, Maschke, McNamara, Herrera, Juretschke y Wilhemsen, entre autores extranjeros que se ocuparon de Donoso Cortés; y, entre los españoles, los estudios de Valverde, Beneyto, Galindo y los de el propio Federico Suárez, trabajos anteriores a éste, que puede considerarse definitivo; no sólo por los datos biográficos, sino especialmente por la escogida y penetrante transcripción de los textos originales de Donoso, cuya figura y pensamiento se engrandecen. No se sabe qué admirar más, si su vida admirable o, caso de ser posible separarla, su obra. Obra que en tiempos de Donoso se consideró profética —y aún apocalíptica—, pero que en los nuestros palpamos su realidad; una realidad común y normal, valga la tautología.

La visión de futuro se hace en los *Discursos* y en el *Ensayo* de Donoso tan real que demuestra la verdad del dicho "ante un yo lo ví, hay que creer o reventar". Es el propio Donoso quien explica tal dicho en una carta (20 de agosto de 1842) a Ríos Rosas, desde París: "Dije que no entendía esto. Dije mal: lo entiendo muy bien; y porque lo entiendo digo a Vd. que si no tiene más alternativa que creer o reventar, reviente y no crea". En efecto, sin principios en los que creer, las consecuencias se ven tan claras que no queda otra solución que la de reventar; dialécticamente hablando, claro está.

Durante la lectura del libro he pensado muchas veces que la implacable lógica de Valdegamas aplicó aquél apotegma en casi todas sus obras. Partiendo de unos principios básicos, sencillísimos, construyó, apoyado en la fe y en la razón, un entramado formidable en el que hay que "creer o reventar".

Vamos a verlo brevemente repasando las páginas en que el biógrafo muestra el pensamiento desarrollado del biografiado, extremeño universal.

Digo *muestra* toda vez que, como advierte el biógrafo, "no se debe esperar una exégesis del pensamiento de Donoso, pues éste es un libro de historia, aunque con alguna frecuencia se comenten sus escritos". Sin embargo, de éstos se deduce la evidencia:

la filosofía política de Donoso es un modelo de la historia del espíritu y pertenece a la literatura mundial.

En el aspecto biográfico —la "vida" de Donoso—, Federico Suárez aporta muchos datos y rectifica bastantes errores de otras anteriores. Desde los antecedentes y primeros años familiares (1809-1820) y universitarios (1820-1828), a los denominados "años oscuros" (1828-1832), transcurridos todos entre Don Benito, Salamanca, Sevilla y Madrid, Donoso adquirió un gran y variado caudal de conocimientos, incluso jurídicos (terminó Leyes a los diecinueve años y sus dictámenes fueron notables) y hasta poéticos, aunque estos últimos puedan hoy juzgarse trasnochados. Amigo de Quintana, Ventura de la Vega, Mesonero, Larra, Gallardo y Nicomedes Pastor Díez, la retórica de éstos influyó en la escasa poética donosiana y en otros trabajos académicos, aunque ya se muestre en ellos el juicio formulado por Carl Schmitt sobre el pensamiento de Donoso: "Con fulminante instantaneidad ve inmediatamente, con el hecho inicial el resultado final".

A partir de 1832 —Sucesos de la Granja, enfermedad y restablecimiento de Fernando VII—, Donoso se decanta por la política. En su primer escrito de este carácter, a los veintitres años, la *Memoria sobre la Monarquía*, en la que toma partido en la cuestión dinástica por Isabel II, y pretende dar unidad mediante un sistema a todos los sectores liberales agrupados bajo la bandera de la Pragmática Sanción. Donoso, entonces profundamente racionalista, tomó una posición falsa, pues su argumentación nada probó y, más adelante, Donoso hubo de rectificarla: el liberalismo está ya entonces en la posición antagónica de la Tradición.

El segundo escrito político fue el de las *Consideraciones sobre la diplomacia*, en el que formulaba la justificación del liberalismo mediante la tesis de la "soberanía de la inteligencia". Donoso creyó —luego rectificó también— que con unos Estamentos, es decir, unas Cortes tradicionales acopladas a la sociedad moderna, el porvenir estaba asegurado porque el triunfo de la clase media es —decía— "la soberanía de la inteligencia". Parecía ignorar que la constitución política de las sociedades

comenzó por la costumbre, por la vida, no por teorías o Constituciones escritas como la de 1812, que Donoso, por otra parte, calificó de "anacronismo que debía robar el porvenir de la libertad que nacía", lo que así sucedió.

Fueron constantes las críticas —en favor o en contra— de estos primeros escritos políticos ("El Mensajero" y "El Observador" eran los polos catalizadores y Alcalá Galiano, Pastor Díaz y Pacheco los articulistas), así como del folleto *La ley electoral* (1837) en el que Donoso aunque digue defendiendo una Monarquía Constitucional, forzando los hechos, comienza con sus geniales intuiciones que dan una luz que permite ver con claridad los orígenes del liberalismo español como régimen político. La base del liberalismo no es aquí, para Donoso, la soberanía del pueblo sino la de las "clases inteligentes" (léase clases medias), y únicas "aristocracias legítimas". Estamos en la época racionalista de Donoso que llegó a su plenitud en sus *Lecciones de Derecho Político (1835-1837)* en el Ateneo de Madrid. Mas ya en esas lecciones se apunta el giro de Donoso hacia la Tradición y sus principios.

Al referirse a la soberanía de derecho (se entiende que absolutamente hablando) escribía Donoso este párrafo: "La soberanía de derecho es una e invisible; si se la localiza en la sociedad, no existe en el cielo. La soberanía popular, pues, es el ateísmo; y cuenta, señores, que si el ateísmo puede introducirse en la filosofía sin trastornar el mundo, no puede introducirse en la sociedad sin hierirla de paralización y de muerte". Y también este otro párrafo clarividente en donde parece legitimarse la dictadura: "Cuando más adelante acuso de impiedad y de ateísmo al pueblo o al rey que proclama ese poder, hablo del pueblo o del rey que le proclama como un derecho que les pertenece aun en el estado normal de la sociedad; porque en su estado de cataclismo y tormenta, el poder constituyente, o la dictadura del pueblo, del hombre o del rey que la salve del naufragio, es un poder constituyente legítimo, es una dictadura necesaria; sólo la victoria confiere en esos casos el derecho y el legítimo poder".

La evolución de Donoso, desde el liberalismo *enragé* hacia el pensamiento cristiano y tradicional, continúa a través de sus ar-

tículos políticos en "El Porvenir", en 1837. La constitución de 1812 hacía imposible todo gobierno regular. Aunque el inmovilismo de los constitucionalistas —Martínez de la Rosa, Toreno, Alcalá Galiano— se resistía a la mudanza política, Donoso en estos artículos, al exponer su teoría de las revoluciones, y, más adelante, en sus discursos parlamentarios a partir de 1838, si bien continuaba partidario de la Monarquía Constitucional —mejor dicho, de las personas que llevaban entonces la Corona—, comenzaba a aborrecer los partidos políticos y a añorar la Monarquía española tradicional, de aquella "época de los Reyes Católicos en que la sociedad vivía tranquila y sosegada porque todos coincidían en una misma verdad política, en una misma verdad religiosa y en una misma verdad social".

La mente ordenada y lógica de Donoso tendía a ver, y a hacer ver con claridad, aquéllo de lo que se ocupaba. Fue, en expresión de Eugenio d'Ors, "un frío político"; es decir, a la vez que teórico experimental hombre eminentemente práctico. Así lo demuestra Federico Suárez en los capítulos que tratan de la actividad de Donoso, no sólo en el Parlamento, sino durante su emigración en Francia (1840-1843) como asesor de la Reina Madre, María Cristina, y Secretario de Isabel II en los años siguientes en los que los matrimonios respectivos de ambas reinas, y las desavenencias matrimoniales de Isabel, llevaron a las más intrincadas intrigas políticas protagonizadas por personajes como los generales Serrano o Espartero y Narváez, banqueros como Salamanca, políticos como Istúriz, Pacheco, Olózaga, García-Goyena, etc. En estas intrigas, la masonería, infiltrada en la familia real —el Infante Francisco de Paula era masón—, tuvo un destacado influjo. Estos capítulos del libro recensionado son una magnífica demostración del rigor histórico del autor y vienen a desembocar en lo que éste denomina "la conversión de Donoso" —años 1847 y 1848— que dividió en dos etapas su trayectoria vital y su filosofía político-social.

La conversión se debió —son palabras del mismo Donoso—: "En primer lugar, a la misericordia divina, y, después, al estudio profundo de las revoluciones (...), al sentimiento exquisito que tuve de la belleza moral y una ternura de corazón que

llega a ser una flaqueza. (...) El misterio de mi conversión (porque toda conversión es un misterio) es un misterio de ternura. No le amaba, y Dios ha querido que le ame; y porque le amo estoy convertido". Pero también, como causa segunda, un hombre tuvo su parte; un amigo íntimo, Santiago de Masarnau (del que Suárez publicó una monografía esclarecedora —Madrid, Rialp, 1994—), al que Donoso conoció en París. "Un español (escribió Donoso al Conde de Bois-le-Compte) de espíritu simple, recto, poco brillante, muy religioso y dedicado a las buenas obras (...); aquél hombre me sojuzgó con sólo el espectáculo de su vida".

A partir de entonces la evolución religiosa y de pensamiento de Donoso cambian totalmente; él mismo lo reconoció al publicarse sus "Obras escogidas" (1848), donde las ideas de Donoso denotaban ya la acentuación providencialista de la historia (puesta de relieve de modo grandioso en su discurso de ingreso en la Academia Española, *La Biblia como fuente de inspiración y belleza*) y el decidido alineamiento de Donoso "contra la Revolución y sus cómplices" (en sus clarividentes "Discursos" sobre la Dictadura, en 1849, sobre Europa y sobre España, en 1850).

Entramos aquí en la parte del libro que más puede interesar a cuantos se ocupan del pensamiento no sólo cristiano sino católico, no sólo filosófico, sino teológico y de la propia Filosofía de la Historia. En ésta Donoso es una cumbre universal. Veámoslo brevemente.

En el llamado *Discurso sobre la Dictadura*, pronunciado el 4 de enero de 1849 en el Parlamento, defendiendo a Narváez contra la oposición del partido progresista, se encuentra el famoso paralelismo de la relación inversa entre religión y represión. Vale la pena leer en el discurso cómo a lo largo de la historia a medida que baja la religiosidad aumenta el poder del Estado: "y si cuando la represión religiosa estaba en su apogeo no era necesario gobierno ninguno, cuando la represión religiosa no exista no habrá bastante con ningún género de gobierno: todos los despotismos serán pocos".

La repercusión del Discurso —que era toda una teoría de gobierno—, fue extraordinaria: en los liberales causó escándalo —lo sigue causando—; por los antirrevolucionarios continúa

admirándose. Traspasó las fronteras y, cien años después de pronunciado, Carl Schmitt afirmó: "Es el más magnífico discurso de la literatura universal, sin exceptuar a Pericles y Demóstenes, ni a Cicerón, Mirabeau o Burke".

El "Discurso sobre Europa", pronunciado en el Congreso al año siguiente, Donoso convirtió una cuestión de circunstancias (debate presupuestario) en otra universal y trascendente, utilizando también en su argumentación "la prueba filosófica y la prueba histórica, es decir, el raciocinio y los hechos auxiliándose mutuamente". Su tesis fue la de que las naciones se fundan sobre la base de la verdad social, sobre la base de la verdad religiosa, y no sobre la verdad económica, madre ésta del socialismo político. A lo largo del discurso fue desarrollando la tesis y demostrando —con ejemplos de las naciones de Europa— cómo el remedio radical contra la revolución y el socialismo no es más que el catolicismo, porque éste es la única doctrina que contradice a la revolución y al socialismo. "Si Europa niega la verdad religiosa caerá en el ateísmo y si Dios no existe entonces dirá Proudhon: señores, no hay gobierno" (o, más adelante, Dostoyewski: "todo está permitido"), llegándose al nihilismo radical.

Los hechos de hoy parecen estar confirmando las previsiones de Donoso. En diciembre de 1850, pronunció su tercer gran discurso, el *Discurso sobre España*, al renovarse el Congreso a consecuencia de la crisis —una de las innumerables acaecidas— del gabinete presidido por Narváez, vencedor efímero de la revolución de 1848. Como de costumbre, sobre los motivos ocasionales, Donoso penetra en las verdades causales. En este caso las de la historia de España y sus reyes y gobiernos. Sus afirmaciones eran tan rotundas como originales y fuera del horizonte de los diputados, cuánto más de los periodistas. Entonces ni unos ni otros fueron capaces de entenderle; y hoy no quieren entenderle, lamentablemente.

Auguró no solamente otras revoluciones sucesivas que privarían del reino a los Borbones ("los cuales hacen a los pueblos industriosos y ricos, para morir a manos de las revoluciones"), sino el triunfo del socialismo ("cuyo país no es la Francia, sino España") y de la corrupción de los partidos y de sus gobiernos (también en el ámbito financiero), que se debaten entre el siste-

ma de economía y el sistema de gastos como "la péndula (*sic*) del reloj que oscila pero que no anda, gastando millones en lo superfluo y ahorrando en lo necesario"; poniendo en guardia a los españoles y a las naciones de Europa "contra la inmoralidad y la corrupción calculada que corroe las entrañas de la generación presente, y que acabarán de estragar entre nosotros los últimos restos del pudor público".

Señalaba el origen de esa corrupción en la decadencia, por una parte, del principio religioso; en el auge, por otra, del principio electivo, pues "sólo los partidos tienen libertad, los españoles no la tienen".

Asombra la clarividente lógica donosiana en los puntos de su "Discurso sobre España". Recordemos en cuanto a las revoluciones: el final de la Regencia de María Cristina de Borbón, y de los reinados de Isabel II, de Alfonso XII y Alfonso XIII; recordemos los años 1854, 1868, 1931, 1934 y 1936; recordemos, también, en cuanto a los principios económicos supeditados a los religiosos y morales (hoy casi ignorados, cuando no despreciados y combatidos) los sucesivos gobiernos socialistas y la corrupción desatada durante ellos. Una corrupción cuya legitimidad se pretende si no justificar, sí olvidar, y cuya legalidad se defiende a ultranza por muchos políticos que desean ponerla del lado de la revolución por estimar —también lo subrayó Donoso— que "la sola legalidad hace a las revoluciones invencibles". Sí, escrita está la historia; pero si bien es posible olvidarla, no es posible borrarla.

La influencia del Discurso sobre España fue grande. Narváez presentó la dimisión en enero de 1851 y Donoso fue designado por Bravo Murillo Ministro plenipotenciario de España en París. Desde este puesto, con amigos tales como Meyendorff —Embajador de Rusia—, Metternich —que admiraba también a Donoso—, Veuillot y Raczynski, es decir, los hombres más oídos en Europa, Donoso envió al gobierno español despachos exactos prediciendo el resultado —con seguridad extrema— de la República francesa que desembocó en un nuevo imperio, el de Luis Napoleón III. En estos años, de relativo descanso, Donoso se ocupó de estrechar sus relaciones familiares: las cartas a su padre y a sus hermanos revelan un perfil humano desconocido hasta

ahora; el gran sentido práctico de Donoso para los negocios; y, lo más importante, su catolicismo profundo, en pensamiento y en obras que alcanza un relieve único en el *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo* (1851). Éste, entre otras cosas, fija la concepción de la sociedad y del Estado en Donoso a partir de su "conversión" (¿1837?, ¿1849?).

El *Ensayo* (en tres libros) es la obra más conocida y difundida de Donoso, incluso en España (el autor temía que "el carácter español, cuyo rasgo más saliente es la holgazanería", no hiciera nada por publicar el *Ensayo*). Nada más editado, Su Santidad Pío IX, que "sabía cuán profundamente era la fe (de Donoso) en la Religión divina de Jesucristo", bendijo y elogió la obra del Marqués de Valdegamas.

El primer libro del *Ensayo* es un canto al *catolicismo*. En la base de toda la concepción cristiana de Donoso está el concepto del orden. "Hay —dice— un código de leyes constitutivas del orden moral en la humanidad y el universo, las cuales unidas a las físicas a que están sujetas las materiales, forman la suprema ley del orden, por la que se rigen y gobiernan todas las cosas criadas". Este orden universal, principio de toda filosofía, comprende al individuo, a la familia y a la sociedad y es perturbado por el pecado y las revoluciones. Los razonamientos de Donoso se encadenan de modo admirable en torno a dichos puntos hasta una verdad, con referencia a la Iglesia católica, que entonces —y también ahora— escandalizó a mucha gente, incluso llamada católica: "Ninguno que no tenga en cuenta su virtud sobrenatural y divina (de la Iglesia Católica) comprenderá jamás su influencia, ni sus victorias, ni sus tribulaciones; así como ninguno que no la comprenda, comprenderá jamás lo que hay de íntimo, de esencial y de profundo en la civilización europea". ¡Qué visión ésta de Donoso, hace siglo y medio, en torno a la única posible recristianización de Europa, hoy urgida por Juan Pablo II!

La *libertad* constituye el meollo del segundo libro del *Ensayo*. En ella ve Donoso —siempre apuntando a lo trascendente, al más allá de los fenómenos y vicisitudes de la vida de los hombres y de los pueblos— la explicación de la historia: en esa tensión entre la Providencia divina y la libertad del hombre. La cual

no debe confundirse con la independencia, pues la raíz de ésta fue el pecado original; aquél querer independizarse de Dios que devino en terrible servidumbre.

En este sentido, Álvaro d'Ors subraya, análogamente a Donoso, cómo la libertad no consiste en poder elegir, sino en poder optar, y no hay fuerza coactiva alguna que prive al hombre de esa libertad de opción. Esta libertad esencial del hombre es el presupuesto racional de su responsabilidad, es decir, la necesidad de aceptar los efectos de las propias opciones. De ahí que se pueda decir que el hombre es libre porque es responsable, no que es responsable porque es libre: lo esencial es la responsabilidad, y la libertad es un requisito de la responsabilidad (*Vid.* D'ORS, A., *Derecho y sentido común*, Ed. Civitas, 1995, págs. 32-34; y recensión crítica en *Verbo*, núm. 333-334, marzo-abril, 1995, págs. 430-432).

Partiendo de esa base, Donoso, en esta parte del *Ensayo*, deduce la "soberbia ignorancia" de la escuela liberal del pensamiento (nunca comprenderá la relación entre las cuestiones políticas y sociales con las religiosas), contraponiéndola al socialismo (éste sí comprende tal relación: por eso es fuerte, porque hace teología, aunque sea una teología satánica; y por ello es destructor).

La conclusión del segundo libro del *Ensayo* no es otra sino la masa de errores a la que lleva el racionalismo cuando se ocupa de Dios, del mundo y del hombre a espaldas de la revelación.

En su tercera parte, *Solidaridad y expiación*, aborda cuestiones, hoy actualísimas, de suma importancia: los razonamientos de Donoso en la defensa de la sociedad familiar, de la propiedad y... de la pena de muerte son contundentes. Respecto a ésta, escribió Carl Schmitt: "(Donoso) con fulminante instantaneidad ve inmediatamente con el hecho inicial, la abolición legal de la pena de muerte, el resultado final: un mundo en el que la sangre parece brotar incluso de las rocas, porque los paraísos ilusorios se transforman en infiernos reales".

Por supuesto —dice aquí Federico Suárez— los pensamientos de Donoso sobre la pena de muerte y el valor expiatorio de la sangre han de comprenderse en su momento histórico, pero sí

puede afirmarse también hoy, sin duda alguna, que cuando en un Estado se suprime la pena de muerte, el resultado (y es un hecho de experiencia) es que sólo mueren los inocentes. Como observó Donoso, "los mismos que han hecho creer a las gentes que la tierra puede ser un paraíso, las han hecho creer más fácilmente que ha de ser un paraíso sin sangre. Si esta ilusión llegase a ser creída por todos, la sangre brotará hasta de las rocas duras y la tierra se transformaría en infierno". (Esta deducción de Donoso se hizo realidad concreta en la Rusia soviética, valga por ejemplo contemplado por todos).

Nada más aparecer el *Ensayo*, las críticas comenzaron a combatirlo. Las más duras surgieron del "catolicismo liberal" de monseñor Dupanloup, obispo de Orleans, y de su vicario el abate Gaduel, que invitaron a Donoso a retractarse de sus errores contra la verdad católica. Donoso, que nunca aceptó polémicas, contestó en una carta en la que aprovechó la ocasión para expresar que "si sentía disgusto por los periodistas que escribían como obispos o abates, no lo sentía menos por los obispos y abates que se metían a periodistas"; y zanjó la cuestión remitiendo el *Ensayo* al juicio de Roma. Vimos cómo Pío IX admiraba a Donoso. En esta ocasión, ratificó sus alabanzas.

También en España hizo mucho ruido el *Ensayo*. La burguesía liberal española, definida por Donoso como *clase discutidora* (sus periódicos *El Heraldo*, *El Clamor Público*, *La Nación*, ...), intentó descalificar el *Ensayo* precisamente por su contenido, encaminado a la defensa de la Iglesia y sus enseñanzas y "contra la revolución y sus cómplices", uno de los cuales era y ha sido siempre el liberalismo.

Aparte de las críticas periodísticas, autores como Juan Valera, y políticos como Cánovas del Castillo, prestaron gran atención al *Ensayo*, aunque no acertaron a captar el pensamiento de Donoso. Sólo los socialistas vislumbraron la grandeza (o el peligro para sus teorías) de aquél pensamiento, "que ha tenido —dijo Araquistáin— la mayor resonancia en la Europa moderna" (cita, como ejemplo entre otros, la obra de Ernst Jünger *Heliópolis*, en la que el autor alemán —hoy centenario y vivo— le dedica una amplia nota).

Después del *Ensayo*, Donoso continúa escribiendo. En los años 1852 y 1853 sus Cartas a María Cristina, al director del *Heraldo*, a Metternich, al Cardenal Fornari y al director de la *Revue de Deux Mondes*, son los últimos —tal vez también los mejores— escritos de Donoso. En la primera, a María Cristina, advierte al trono de los peligros que le avendrían de proseguir en andar los caminos abiertos por la revolución. En las cartas al Director del *Heraldo*, Donoso reafirmaba su antiliberalismo y su catolicismo antirracionalista, a la vez que olvidaba los ultrajes que el periódico había publicado. Y en la carta al ex-canciller austriaco, Donoso aclaraba varios de los términos y expresiones usadas en sus obras.

En cuanto a la Carta al Cardenal Fornari —considerada por Veuillot y por Juretschke como “lo mejor que ha escrito el autor, tanto en la forma como en la precisión de lenguaje”—, escrita a requerimiento del Cardenal, Donoso explicita y desvela que no sólo las concepciones políticas dependen, en último término, del concepto final que se tenga de Dios y del hombre, sino de toda manifestación de la vida propiamente humana. La doble negación (respecto de Dios y del hombre), base de todo el pensamiento europeo vigente en la época de Donoso (y en la nuestra, diría yo), es el origen de una larga cadena de errores políticos, sociales, económicos, religiosos y morales: naturalismo, filosofismo, racionalismo, liberalismo, socialismo, comunismo y anarquismo son etapas que recorre la sociedad al desechar los principios de Derecho Público cristiano, que, fundamentalmente, y sobre la base de que toda autoridad viene de Dios, se reducen a santificar la obediencia de los súbditos y a recordar a los gobernantes que al ser ministros de la autoridad son delegados de Dios para el servicio de la comunidad. En esta carta admirable Donoso expone con nitidez, en síntesis prodigiosa, la unidad no sólo del mundo en que vivimos, expuesta ya en el *Discurso sobre la Dictadura*, sino la unidad del mismo con la conexión del mundo natural y el mundo sobrenatural, la interdependencia del orden político y el orden social, la relación de ambos con las concepciones religiosas, el fondo teológico, a que puede —y debe— ser referida toda cuestión humana, la

reducción a unidad, en una palabra, del complejo conjunto de ideas dispares y contradictorias, de sistemas, y de acontecimientos, mediante una explicación clara y coherente. Todo ello, dice con razón Federico Suárez, "es, sin duda, el mayor de los servicios que pensador alguno de su época pudo prestar a la sociedad, la suya y la nuestra".

La última de sus cartas, al director de la *Revue des Deux Mondes*, fue una réplica al artículo en la citada revista de Alberto de Broglie. Donoso combate en ella, de modo magistral, el error de la "escuela liberal" en su vano intento de formar un nuevo código de verdades políticas y principios sociales haciendo abstracción de Dios; excluyéndole, a Él y a su Iglesia, de todos los asuntos humanos, independizando la sociedad civil y la sociedad política de cualquier autoridad que no procediera de ella misma. Subrayó cómo allí donde domina el catolicismo el hombre es libre; en donde no, la sociedad se conforma por las revoluciones. En una de éstas se encuentra el origen y el alma del parlamentarismo, el cual crea —dice— "una ley del equilibrio para compensar la división del Poder, llamando a la discordia saludable agitación y ordenado movimiento, suprimiendo todas las corporaciones y todas las jerarquías, y basando su legitimidad no en el pueblo mismo sino en el cuerpo electoral, agregado arbitrario y confuso que se forma a una señal convenida y se descompone a otra señal, yaciendo sus miembros en dispersión hasta que vuelve a sonar la voz que les ordena juntarse".

Con esta carta, Donoso cierra sus trabajos haciendo público su pensamiento político. El final de su vida se acerca; un final en el que, por su cargo de Ministro Plenipotenciario en París ante el Presidente de la República francesa, Donoso —anteriormente, en 1849-1850, desempeñó el mismo cargo en Berlín— llevó una intensa vida social frecuentando los salones más selectos entre intelectuales y aristócratas. Pero todo esto fue sólo un aspecto de su vida. Sólo después de su muerte vino a conocerse el otro aspecto, el cristiano (católico), desvelado por sus amigos más íntimos. Su piedad (oración diaria, confesión semanal, comunión dos veces cada ocho días), su "ascetismo sonriente" (usaba dos grandes cilicios bajo los bordados uniformes de Embajador), sus

caridades habituales (visitas frecuentes a los pobres del *quartier* Mouffetard) con limosnas generosísimas (distribuía las *cinco sextas* partes de sus rentas entre los pobres y conventos religiosos).

En las páginas finales de esta gran biografía se pueden leer otros datos curiosos sobre Donoso (era gran fumador), especialmente sobre su enfermedad —una pericarditis aguda— y su santa muerte. Donoso murió en la tarde del 3 de mayo de 1853, a los cuarenta y tres años de edad, con estas expresivas exclamaciones de la piedad española: “Jesús de mi alma! ¡Dios de mi corazón!”. Las exequias fúnebres en la iglesia de San Felipe de Roule, en París, fueron tan solemnes, con representación de Napoleón III, y asistencia de las más altas jerarquías de la Iglesia y magistraturas de Francia, de la nobleza francesa y española, y de todo el Cuerpo Diplomático, que pudo escribirse: “No se conoce que la muerte de un diplomático hubiera causado en país alguno europeo tanto impacto como la de Donoso”. El cuerpo embalsamado del Marqués de Valdegamas, fue trasladado desde París el 9 de octubre y depositado en la Real Iglesia de San Isidro, en Madrid. Olvidados durante mucho tiempo, los restos fueron trasladados e inhumados en el mausoleo de la Sacramental de San Isidro el 11 de mayo de 1900.

Con un breve Epílogo se cierra este libro de Federico Suárez que ha dedicado muchos años al estudio de la vida y las obras de un español universal; grande, combatido y olvidado. Grande, por su vida, tan breve, dedicada al servicio de España y de la Monarquía (a ésta, más en sus principios, que no a las reinas que los olvidaron). Combatido, por su pensamiento católico y tradicional; tachado de fideísta, teocrático, neocatólico, apocalíptico, pesimista y reaccionario; es decir, de “ultraderecha” o “fundamentalista” en el lenguaje de tantos ignorantes de hoy.

No fue nada de eso. El pensamiento de Donoso era, y sigue siendo, difícilmente rebatible; de ahí que en Donoso, como dice su biógrafo, se hace buena la afirmación de Chesterton de que cuando faltan los argumentos se recurre a los insultos. En todo caso, la advertencia de Donoso de que todos los esfuerzos encaminados a reformar la sociedad por medio de asambleas y gobiernos serán peripétuamente inútiles, es una tesis comprobada.

El Marqués de Valdegamas sostuvo, precisamente, lo contrario: "Se debe reformar la Sociedad, y entonces será fácil reformar las instituciones". Eso —concluye su biógrafo—, "la reforma de la Sociedad, era la tesis de Donoso. La de que sólo la Iglesia puede hacer tal reforma, porque sólo ella está en posesión de la verdad. Y no se diga que tal como está el mundo es imposible hacerle torcer su rumbo. No lo es. La Iglesia ya lo hizo en los primeros siglos de la era cristiana".

Por último, Donoso fue olvidado, también por los católicos, hasta que gracias a Carl Schmitt comenzó a ser valorado. Hoy, sin embargo, gracias también en buena parte a la tenacidad de Federico Suárez, el pensamiento de Donoso, que parecía vencido por la crítica, surge de nuevo potente y esclarecedor ante el panorama religioso, político y social de nuestros días. Y es que, como escribió el mismo Donoso en su *Ensayo*, "el hombre, sin saber cómo, se inclina siempre del lado del vencido, el infortunio le parece más bello que la victoria". Mas ésta es segura, pues el mundo se rinde siempre ante la fe: "*Haec est victoria quae vincit mundum, fides nostra*".

JAVIER NAGORE YARNOZ